



Havstein

# SOCIOLOGÍA

## FILOSOFÍA DEL DERECHO

Es este un concepto que demuestra á las claras la imperfección del hombre. ¡Filosofía del derecho! Esto es, discurrir, profundizar, estudiar las franquicias y libertades de que ha gozado el ser humano. Se le ha dicho: «No puedes hacer eso ni lo otro, ni lo de más allá, por ser contrario á los intereses de otros semejantes tuyos.» Motivos hay para poner en duda la pretendida superioridad del hombre sobre los demás animales.

Unas humanidades viéronse privadas de atributos gozados por otras; todo á nombre de la ley y de la justicia. Filosofemos sobre el derecho; discutamos lo que hemos de permitir al hombre. Allá fueron Aristóteles, Sócrates, Platón, seguidos de pensadores y de filósofos y de sabios á legislar sobre las franquicias de sus iguales. Y daban códigos, y escribían leyes, y fundaban repúblicas, y dividían los hombres en castas y en clases. Su saber y sus consejos pasaron á la eternidad y fueron consultados por los siglos de los siglos, y encima de tales pensamientos se erigieron colosales obras de moral y de derecho. Si los animales pudieran reír, ¡qué risa les daríamos! Un rey de la creación, que á duras penas puede cubrir sus necesidades más apremiantes; la última fase de la evolución orgánica destruyéndose mutuamente. Hasta á los animales que puede dominar los suma á sus privaciones, á su ley de castas y de clases. Filosofemos sobre el derecho; discutamos lo que puede hacer y lo que no puede hacer el hombre. *Derecho civil*: Volúmenes y más volúmenes. *Derecho privado*: Libros y más libros. *Derecho natural*: Obras y más obras. ¿Después? Un libro contralice otro; autores entienden de diferente manera pantos capitalismos del derecho, y un mismo volumen afirma al principio lo que al final contradice. Veamos lo que queda en pie de ese monumento jurídico; mondemos todos los códigos y todas las leyes; fuera lo inútil; separemos lo que de nada sirve ó lo que, sin el legislador, se haría también. ¿Qué queda? Ofrendas á la tiranía; la diosa Fuerza erigida en árbitra del mundo; la obra de tanta filosofía y de tanto pensador. Kant, ¡oh, Kant!; Platón, ¡oh, Platón! Escribieron eso, determinaron aquello, y lo que escribieron y deter-



minaron fué la decadencia de la especie. ¡Quién sabe si el derecho escrito es ya un caso de degeneración humana!

Indudable; el cutodiano fué la base de todos los derechos; después, de una costumbre se hizo una obligación, y la humanidad, inconscientemente, se precipitó al abismo de los deberes. De ellos surgió el derecho legislado; es decir, una condición de la libertad. ¡Tuvieron buen cuidado los pensadores de ponerse entre la clase superior! Ella podía tener vasijas sin quebraduras, podía saber escribir y mirar de frente á las personas. Crearon el poder al creerse de mejor condición que los demás, y al crear el poder crearon la propiedad. A la corta ambos se unieron para no separarse jamás. En la legislación romana la propiedad emanaba del poder; en la germana, madre de la actual, el poder emanaba de la propiedad. Antes el individuo era propietario por mandar; hoy manda por ser propietario. El resultado es el mismo: la humanidad supeditada á la fuerza económica y política. El señor feudal no es más que el propietario erigido en jefe, como en nuestros días lo es el capitalista. «Para poder legislar ó desempeñar ciertas funciones has de reunir determinado capital.» Es la evolución del derecho que los germanos establecieron y que ha llegado á nuestros días más débil en el fondo y en la forma, pero no más injusto. ¡Evolución del derecho! Otro escarnio. Pueden evolucionar las facultades humanas, pero no el derecho sin grandes injusticias, porque la necesidad de comer y de pensar, base de todo derecho y sin el cual no hay hombre ni vida posible, nació, cuando menos, al nacer nuestra especie. Y al establecer un principio obligatorio se sintieron desvirtuadas la vida y la libertad. Quedó sancionado el derecho de conquista. Tiranizar por medio de la fuerza política ó de la fuerza económica; apoderarse de la vida ajena por las armas ó por la explotación, significa el predominio del tirano.

Esta es la obra de los grandes hombres. Ciertó que ahora trabajan para sacar á la humanidad de la esclavitud; pero ¡cuán lentamente! Apenas si se atreven á decir que Platón y Aristóteles, al legalizar y admitir la esclavitud en sus códigos, demostraron ser gente de la condición peor. ¡Que la especie llegaba á ellos con vicios de historia y de origen! Encarnaron á la injusticia al sancionarla con su prestigio. Bien que si no hubiesen podido distinguir de castas, tampoco hubieran podido escribir las obras donde fundaran su reputación y su saber. Igualess hombres y con los mismos derechos que los demás animales, los filósofos del derecho hubieran sido meros mortales; hoy han pasado á la eternidad por vergüenza suya y nuestra. Representan á la injusticia pretendiendo representar el derecho. Al creerse superiores á los demás, hubieron de inventar deberes para los inferiores. El orgullo perpetuó el mal. La fuerza pudo encontrar apoyo en la filosofía. Después la historia holló los cerebros y la injusticia encontró defensores entre sus propias víctimas. Vino el dominio de la razón, pero de la razón de clase. Legislar quien pudo, y sólo pudo la clase media. Por eso sus leyes tuvieron un doble fin: destruir el feudalismo é iniciar el desarrollo del pequeño propietario, que habia de crecer y creció, á expensas del antiguo señor. De ahí el afán por legislar que se apoderó de los revolucionarios del siglo pasado: habian de defender *sus intereses* contra el feudalismo y contra el vasallaje, y dieron en ponerlos á salvo, uno y de otros, considerándolos y haciéndolos considerar sagrados é indisecables.

No hay más que un derecho: el natural, el que determinan nuestras necesidades.



des y este es ilegislable. Nada puede discutirse sobre lo que es *indispensable* y que tiene tiempo y medida en nuestro propio organismo. Decretar leyes de fines prohibitivos y que puedan determinar abstinencia de algo necesario á la salud del individuo y al desarrollo de sus facultades, podrá demostrarlo todo menos inteligencia. El derecho escrito, como el deber legislado, es un caso de patología. Las humanidades que los siguieron deben presentar señales de decadencia.

FEDERICO URALES.

## La cuestión palpitante



Siempre creí que la degeneración actual obedecía más á un malestar hondo, profundo, que la sociedad lleva en sí por su pésima organización, que á los males atávicos característica de organismo gastado y por consiguiente exhausto de vigor y fuerza.

Y tal creencia mía hase arraigado aun más con los sucesos últimamente llevados y traídos de acá para allá.

Cuando el estado morbosos de una sociedad es tal que amenaza llevarla á su desaparición las putrúceas y los desequilibrados que en ella vegetan, trabajar para transformarla, hundirla—si la palabra está mejor—es un bien. Y los que nos preocupamos muy mucho de analizar causas para extirpar efectos, no podemos dejar pasar esta ocasión que se nos presenta, sin demostrar que la salud pública demanda de nosotros una continuada exposición de los males que nos rodean á fin de precavernos del contagio á la par que velamos por el bienestar general ya que no hay quien de él se ocupe.

Mientras el *esteticismo* fué una escuela más ó menos propicia á las leyes progresivas, no dijimos esta boca es mía. Ni necesidad teníamos de decir algo, ya que por estética se entiende, técnicamente hablando, la ciencia de la sensibilidad interior ó afectiva, porque Baumgarten, discípulo de Wol, consideraba la idea de lo bello como una concepción confusa, á un mismo tiempo inteligente y amorosa, en que la emoción parece dominar el concepto; y nosotros, generalizando, diremos que es una doctrina artística que antepone la forma al fondo. Pero hoy que con el nombre de estetas el público presenta una morbosidad más de esta sociedad que tantas tenía, al ponernos en guardia, declaramos que si no hubiésemos sido contrarios antes á la organización actual, lo seríamos ahora que tales engendros alimenta en su seno, hijos del estado patológico porque ella atraviesa.

La civilización griega que representa en el mundo el desarrollo de un grande interés moral, la *perfección específica del hombre*, ya que Grecia invertía su apasionada vitalidad en un fin liberal, heroico é ingenuamente estético, pues bastábale al heleno ser el hombre más bello, más fuerte, más sano y libre del mundo para considerarse feliz, para verse rico con estos cuatro elementos porque no sentía necesidad de más ni traslucía que más cupieran en su naturaleza; me encanta y subyuga. Pero los que en nombre de la estética contravienen las leyes naturales y andróginas de la civilización malparan el goce de la belleza, me causan profundísimo asco. No en vano se prostituye el sentimiento instintivo del bien.



En la antigua Roma, cuando sus emperadores la convirtieron en un centro de corrupción moral y material y los circos y anfiteatros que prodigiosamente vivificaron Tito, Troyano y Caracalla con inauditas luchas de gladiadores y de fieras, eran sus mejores y más grandes espectáculos; vemos que la concupiscencia crapulosa de los hijos del Lacio llega hasta el punto de tener que legislar nuevas leyes que obligan á las mujeres á presentarse casi desnudas á esos espectáculos á fin de absorber la atención de los hombres y librarlos de la crápula que se iba apoderando de los romanos.

¿Caminamos hacia ese fin? ¿Tendremos las mujeres que rebelarnos contra ese estado patológico cuando nos compenentremos de lo que á nosotras nos toca de cerca?

Si Malthus, partiendo de una base falsa, creyó que no se producía lo suficiente para las satisfacciones procreativas de la naturaleza y aconsejó el diezmar la generación á fin de que hubiere para todos, nosotros que estamos convencidos de que lo que sobran son productos, al hacer el proceso de la sociedad actual, aconsejamos á los que nos leyeren tengan en cuenta que el aforismo bíblico: *creced y multiplicaos* está perfectamente dentro las leyes naturales, la que no lo está es la cohibición sensitiva.

Y como no puede existir la naturalidad expansiva ni en los consejos de Malthus ni en la aberración de los mal llamados estetas, al señalar estos dos senderos igualmente antinaturales, aunque no paralelos, nos proponemos encaminar la humanidad hacia la naturaleza que es de donde no debiera haber salido.

SOLEDAD GUSTAVO.

---

## El Estado contra el individuo

---

Desde que hubo quien, reconociéndose más fuerte que otro, trató de erigirse y se erigió en señor, existe una lucha permanente entre el Estado y el individuo. La esencia de toda rebelión, aun la menos directamente relacionada con la libertad y la autoridad, es el antagonismo establecido entre el que manda y el que obedece. Incontables los individuos que ha sacrificado el Estado para poder subsistir hasta nuestros días. Sin embargo, cada nueva teoría sacrificada en honor á la diosa Estado, arráncale parte de sus prerrogativas y de sus poderes y hoy, el mónstruo de cien cabezas, se halla tan debilitado que nada le queda de aquel brillo que ostentaba cuando se creía ungido por el Señor y representante suyo en la tierra.

El Estado, que aun no reconoce al individuo suficientes condiciones para gobernarse, le ofrece, como á una satisfacción á sus mayores aspiraciones, el derecho de elegir á los que han de gobernarle. Esto es sencillamente una concesión que al individuo ha hecho el Estado obligado por fuerza mayor. Transige con el principio de que el hombre puede gobernarse á si mismo, desde el momento que le concede el derecho de elegir á los que han de dirigirle.

El Estado se humaniza, cae de su pedestal divino, al permitir lo representen hombres nacidos como los demás mortales. Desde este momento el Estado des-



ciende al nivel del individuo y pierde aquella superioridad que ostentara al creerse ungido y al perder aquella superioridad, pierde su razón de ser.

Si las leyes no se hicieran para los que las formulan, sino para los demás, podríamos declararlas innecesarias elevando á todos los hombres al nivel de los legisladores; y si estos no fueran superiores, como no lo són, á las demás personas, podríamos considerarnos aptos para dictar disposiciones y declararnos dignos de emanciparnos del Estado. Y esto es lo que sucede realmente, aunque, á decir verdad, la mayoría de los individuos ni se dan cuenta de elló.

El comercio, la industria, la ciencia y el trabajo, tienen iniciativa propia. El Estado se acuerda de ellos, de cuando en cuando, para hacerles pagar tributos á nombre de unos servicios que ejecuta mal y tarde, cuando los ejecuta. Así, el Estado, no es un administrador ni un director que cobra los buenos servicios que presta; es un parásito que se nutre á expensas del individuo.

Todo el mundo desconfía del Estado y todo el mundo obra sin consultarlo. Si él no se metiera donde no es llamado, nadie notaría su presencia, ni su falta siquiera. Es de notar que los mismos defensores del Estado, procuran no encontrarlo en el camino de sus iniciativas, sin atinar que se ven obligados á mantener un organismo que de nada útil sirve y que pone trabas y obstáculos á la actividad individual.

¿Qué misión especial tiene el Estado? ¿El gobierno de los pueblos? Al contrario, los pueblos progresan sosteniendo una lucha contra el Estado. Su conveniencia es siempre opuesta á la del individuo. Por esto las inteligencias bien dispuestas para concebir nuevos horizontes políticos y sociales, venise obligados á sostener rudo combate entre la fuerza del Estado. De ahí porque la industria que no puede sus- traerse á la acción del Estado, queda aplastada bajo el pesado pié del parásito.

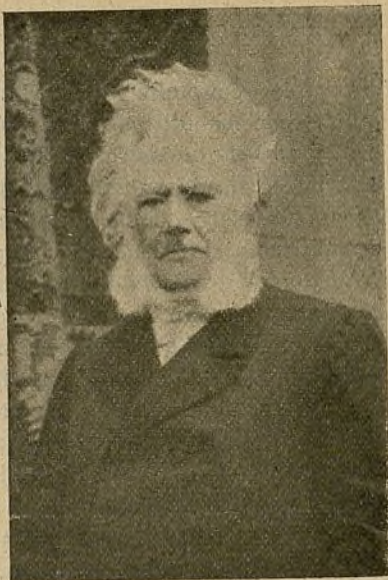
Y no tan sólo el Estado es adversario del individuo á quien cree representar, sino que es enemigo también de los mismos que lo representan ó debería serlo si éstos lo respetaran. El Estado nos quita algo: al consumir, al producir, al nacer, al morir, al comprar, al vender, y después hemos de darle la sangre, la de nuestros hijos, las lágrimas de nuestras madres y de nuestras esposas. En cambio de todo esto tan amado, ¿qué ofrece el Estado? Nada. ¿Proyecta algo un individuo? Menester es tenga el permiso del Estado para la realización de su empresa. ¿Alguien realiza un invento? El Estado ha de dar el permiso para poder explotarlo. De manera, que el Estado, sobre no ayudar al individuo, pone obstáculos á todos sus proyectos.

¿Qué función esencial desempeña? ¿Qué maravilla ha descubierto? Ninguna. He aquí toda su labor: hizo del rayo una manifestación de la ira de Dios; de la tierra un único mundo; del globo una superficie plana, y después paró el sol. Nada administra ni dirige nada, ni nada se puede poner al haber de su cuenta; en cambio al debe ¡cuántas arbitrariedades, cuántos crímenes, cuántas injusticias!

La humanidad ha progresado combatiendo las facultades absorbentes de ese mónstruo y el individuo no se desenvolverá libremente ni será feliz mientras el Estado subsista.

CHARLES MONEY.





## Enrique Ibsen

Emilio Zola, cuya biografía publicamos en el número anterior, ha dicho que el arte dramático tiene los días contados. El insigne novelista abona su aserto diciendo que el teatro exige convencionalismos reñidos con el arte imperecedero y eterno. El individuo, reducido en sí mismo, admite verdades que rehusa en colectividad y en cambio, lo que puede decirse y presentarse en público, fenecerá pronto, porque este mismo público habrá de considerarlo escaso de verdades sublimes y abundante en artificios fastidiosos. Pero hay que tener en cuenta, sin embargo, que Zola, al hablar de tal talante, juzgaba el teatro del artífice Sardou, el escritor de obras teatrales *más docil al éxito*.

Tampoco damos nosotros vida larga al teatro que busca acción fuera de la pasión *sentida*, no imaginada, ni al que encuentra emociones bastantes en la belleza exclusivamente. No es esto lo que reclama un público fuerte y sano y al acercarse las generaciones á la fortaleza y á la salud, encontrarán, como encuentra ya en Alemania, que el drama sin ideales y sin pasiones intensas, profundamente naturales, es para deleitar muñecos y no para enamorar á hombres.

Si, como dice Zola, el público no ha de seguir á la dramaturgia ideista y pasional, pero de una idea honda y revolucionaria y de una pasión enérgica, preparémonos para asistir al entierro del drama, como asistiremos al de la poesía propiamente dicha; pero si, por el contrario, el arte dramático que Ibsen iniciara, encuentra eco en el cerebro de la masa, el teatro tendrá vida larga y próspera.

Síntoma excelente que Ibsen sea universalmente conocido, aunque no celebrado por los espíritus que, según Zola, matarían el arte dramático. Encontramos nosotros también lunares en la labor del dramaturgo noruego, pero no ciertamente en su tendencia, que nos parece de perlas, sino en las líneas principales de sus personajes. El objeto de los dramas de Ibsen, siempre según nuestro humilde en-



tender, no se destaca lo suficiente para llegar claro y puro al entendimiento del espectador. Y es porque, Enrique Ibsen, no dota al protagonista de aquella confianza en sí mismo que caracteriza al genio; le falta personalidad propia. El autor se contenta con que, lo que podríamos llamar ambiente, señale el camino que ha de seguir el personaje principal del drama. Y esto, si es verdad casi siempre aplicado á la masa, no lo es en los caracteres extraordinarios de los cuales únicamente resulta el drama ideista.

Si se tratara de dramas pasionales, no sería necesaria la personalidad propia del personaje, y en este caso, las circunstancias podrían hacer héroes de seres ordinarios. Pero se trata de gente poco común, que va contra el parecer de la mayoría, que se rebela contra todo convencionalismo, que aspira cosas nuevas y á estos no los crea el ambiente, al contrario, van contra el ambiente, pues traen á mal traer, á la sociedad en que viven. Ya en este terreno, el personaje ha de dominar y no ha de ser dominado; precisa que esté bien definido, seguro de sí mismo y ha de defender, no por accidente como cualquier otro mortal; sino por una revelación de su inteligencia superior, lo que cree de justicia.

Ibsen lo entiende de otra manera y hace muy bien en presentarlo tal como lo entiende. Por lo demás, no menguará la gloria de Ibsen por lo que nosotros digamos, que si á una orden nuestra obedeciera la fama, sobre la cabeza del dramaturgo noruego tejería coronas sin cesar.

Las obras del poeta son destellos de su alma más ó menos débiles, según lo que transige con las tinieblas de la sociedad. El genio no tiene pudor, se desnuda en cualquier parte y tal como es se presenta á recibir alabanzas ó á obtener censuras. E Ibsen se presenta así porque es así.

Nació nuestro poeta en cualquier parte el día 20 de Marzo de 1828. Poco ó nada sabemos de su primera juventud. De los diez y seis años á los veinte estudió farmacia. Se propuso después estudiar medicina. Mientras la estudiaba compuso su primer drama *Catilina*; pedazos de vida, horas robadas al recreo y al descanso. Dos condiscípulos suyos é íntimos amigos estaban en el secreto; concluido el drama uno de ellos lo puso en limpio; el otro se fué á Cristianía con el manuscrito para ofrecerlo al director del teatro de aquella capital, que no lo admitió. Mas tarde emprendieron un viaje por Europa con el exclusivo objeto de hacer representar *Catilina*, lo que no pudieron lograr, decidiendo al fin editar el drama por su cuenta bajo el pseudónimo *Brynjolf Bjarme*. La crítica halló la obra extravagante; se reconoció algo de genio al autor y nada más. Solo un profesor, Mr. Monrad, se atrevió á elogiar el drama.

Ibsen contaba 22 años. *Catilina* se editó en Enero de 1850 y en Marzo del mismo año fué á Cristianía con su amigo del alma y rival después Bjornstjerne Bjornson, para prepararse á examen. En Cristianía pasaron ambos amigos largos meses de miseria. Por muchos días su comida se compuso de café con pan seco. La venta de los ejemplares que quedaron del drama les ayudó algún tanto. Mas tarde publicaron un periódico semanal que tuvo diez meses escasos de vida; desde Enero del 51 á principios de Octubre del mismo año. Ambos amigos aprovecharon esta ocasión para publicar el arsenal de *atrevimientos* que tenían en cartera, casi todo en forma poética. Por este tiempo Ole Bull, que había fundado en Bergen el llamado teatro noruego, llamó á Ibsen para que lo dirigiera y su amigo Bjornson fué á Cristianía para dirigir otro. Ibsen, antes de tomar posesión de su cargo,



hizo un viaje á Copenhague para enterarse de las interioridades de la escena, y en la capital de Dinamarca trabó relaciones con Heiberg y Hertz.

Para el teatro de Bergen trabajó Ibsen desde el 52 hasta el 57. En él todos los años, el día 2 de Enero, estrenaba una obra. La primera fué una comedia de magia titulada *Noche de San Juan*, la segunda un arreglo de *Tumba de gigante*; la tercera *Inger de Ostrot*; la cuarta *La fiesta de Solhaug*, y la quinta *Olaf Liljekraus*.

El 18 de Junio de 1858 se casó con Susana Thoresen, hija del pastor de la iglesia de Bergen. Los recién casados fueron á establecerse á Cristianía, donde Ibsen había sido nombrado director artístico del teatro noruego.

Desde esta época empieza la competencia entre Bjornson, su antiguo amigo y nuestro biografiado, cuya brillantez y elevación no han tenido rivales en ninguna parte del mundo,

Se propuso Ibsen, al escribir sus dramas en Bergen, influir de un modo regenerador en el teatro noruego, pero al emprender nuevos derroteros en el arte escénico, abandonó por completo sus antiguos trabajos.

Buscó asunto en la poesía popular y no en la sociedad burguesa que desconocía aún, imitando á su ilustre antecesor Henrik Hertz. Hubo quien dijo, entre ellos Vasenius, que las obras de Ibsen eran superiores á las de Hertz.

Sólo faltaba publicar *Synnové* para dar principio á la historia artística de nuestro poeta. En 1858 vió la luz *Los guerreros de Helgeland*, dividiendo á la crítica. El teatro de Cristianía se negó á representarlo. Se maneja en este drama el argumento sobrenatural. Es un tema semejante al de *Medea*, tratado por todas las literaturas del mundo.

*Los pretendientes á la corona*, que se publicó el año 64, fué, sin embargo, escrito mientras Ibsen dirigió el teatro de Bergen y, segun se dice, lo escribió en seis semanas. Tampoco tuvo éxito.

*La comedia del amor* siguió á la serie de las publicadas y en ella se marca por primera vez el espíritu del poeta, que no ha de abandonarlo en adelante. Su aparición fué una tempestad de censuras. Ibsen dice en el prólogo de la segunda edición, entre otras cosas, las siguientes: «Como yo trato en mi comedia de amor y de honra, es muy natural que el público proteste á nombre de la honra y del amor. La educación y las facultades necesarias en el crítico para llenar su cometido, la mayoría de nuestro público sólo las posee de un modo incompleto.» *La comedia del amor* fué rehecha en versos. A la desgraciada acogida que tuvo este drama, hay que agregar que á consecuencia de él, el Parlamento y el Gobierno se opusieron á que se señalase al autor una pensión.

En el concurso que en 1862 celebró el teatro de Cristianía, ganó Ibsen la plaza de dramaturgo, pero el empleo era puramente honorífico.

La cuestión económica no mejoraba. Se pensó darle un destino en aduanas, que Ibsen no quiso aceptar por considerarlo humillante. A fines del 63 el Estado le facilitó unas 3,500 pesetas con la obligación de invertirlas en viajes. En la primavera del 64 abandonó su país para dirigirse á Italia, sueño dorado de todos los artistas. Devolvió las 3,500 pesetas publicando en *El diario popular noruego* las impresiones del viaje. Contó á sus paisanos la alegría infantil que de él se apoderó á su entrada en Roma, las ilusiones y empresas que abrigaba, y la confianza que en su talento tenían los artistas con quienes había intimado. Dos de sus obras mejores las escribió en Roma *Fuego* y *Peer Gynt* publicadas en 1866 y 67 respec-



tivamente. Como *La Taberna* de Zola, estas obras abrieron paso al triunfo. Lo demás es pan con tortas.

En la capital de Italia encontró Ibsen paz, libertad y satisfacciones, los tres amigos de todo espíritu superior. Amigos que le alentaban, que le querían y que compartían con él las intimidades de la vida artística. En Roma se estableció, pues. Trabajaba por las mañanas y destinaba las tardes al culto de la amistad, á la que son tan propensas las almas grandes.

Bajo el puro cielo de la antigua Itálica, dió principio al drama histórico *Emperador y Galileo*, que no publicó hasta 1873.

Ibsen estuvo bastantes años en Roma donde escribió, *La casa de muñecas*, *Un enemigo del pueblo*, *Los aparecidos*, *La liga de los jóvenes*, *Los pilares de la sociedad*, *El Lavanco*, *Romershdam*, *La dama del mar*, obras que componen el llamado drama social y *Hedda Gabler*, publicada el año 90 en Copenhague, como regalo del autor á sus admiradores y posteriormente *El pequeño Egolf*, *El arquitecto Solness*, y *Brand*.

Después se trasladó á Munich, luego á Dresde para volver á Munich y establecerse en Roma otra vez definitivamente á donde vive en la actualidad. Indudablemente, Ibsen debe su gloria á la novedad de haber introducido en el drama los problemas que agitan hoy á las sociedades. Antes se llevaba á las tablas imaginación solo; él llevó aspiraciones. Cada uno de sus dramas es un asunto que la humanidad ha de tratar pronto, porque se halla en un porvenir cercano. Al coger la pluma, no concibe primero un argumento, concibe una idea y después traza el argumento conforme á la idea que se propone desarrollar. Por eso sus dramas son ideistas ante todo y al ser ideistas han de ser necesariamente revolucionarios, porque no puede dar asunto un problema intelectual, político ó científico resuelto ya. Es necesario un ideal nuevo, el de todos los pensadores y artistas modernos, la conquista de una nueva sociedad, que libre al hombre de la injusticia, de la miseria, de la ignorancia y de la tiranía, á cuya posesión nos dirigimos y á donde llegaremos, porque *estamos* perfectamente dispuestos para el sacrificio que reclama la bestia humana.







# CIENCIA Y ARTE

## CIENCIA Y SOCIALISMO

Sentí y siento infinito no poder corresponder al compromiso que había contraído para con LA REVISTA BLANCA, de mandarle cada quince días un artículo mío, y lo siento mucho más, desde el momento que aumenta por números la simpatía que dicha publicación me inspira. Pero las obligaciones literario-profesionales que se han acumulado sobre mí son tan numerosas, que con pena he de privarme de la satisfacción grandísima que sentía quincenalmente al comunicarme con un público que, según me escribe el señor Urales, tanto distingue mis trabajos, aunque bien sé que no lo merecen. Suplico, pues, se me perdone si, quebrantando un propósito que me hice interiormente, escribo cada mes, en lugar de hacerlo cada quince días.

La locura pasional ó los desarreglos cerebrales que provienen de contrariedades amorosas, de una abstinencia sexual contraria á la salud de la especie ó de aquellos amores comunmente llamados desgraciados, la mayoría de los cuales no tienen otra desgracia que la diferente posición de los amantes, cuando no un egoísmo que se sobrepone al amor, egoísmo social, no natural y perfectamente explicable en una sociedad que tiene en más la riqueza que la mejor de las prendas morales y hasta algunas veces que la mejor de las físicas, abarca muchas fases, y se hace de esta enfermedad tantas divisiones y subdivisiones, que es preciso tratarlas en detalle y no solamente en más la riqueza que la mejor de las prendas morales y hasta algunas veces que la mejor de las físicas, abarca muchas fases, y se hace de esta enfermedad tantas divisiones y subdivisiones, que es preciso tratarlas en detalle y no solamente en detalle, sino con un método especial que permita la comprensión de todas las dolencias objeto de nuestros artículos por el análisis de su característica: alteración de la naturaleza individual, promovida por la social. Y este análisis nos demostrará, á la postre, que todo desarreglo de la máquina humana, nace de la oposición violenta que se hacen la sociedad con sus costumbres, sus preocupaciones y sus injusticias de una parte y la naturaleza con su tendencia á regularizar las funciones de nuestro organismo, de otra. La primera nos lleva á la muerte, la segunda á la vida y de estas dos inclinaciones se forma el fenómeno cerebral ú orgánico, como de dos electricidades diferentes se forma el rayo. Para la claridad, pues, de nuestros estudios es necesario ir de lo simple á lo compuesto y puesto que nadie ni nada nos aprieta, empecemos por el grano de arena para concluir en la mole.

Sea de la índole que fuere la contrariedad que sufre una persona, esta contrariedad se traduce en tristeza. Aparte los efectos corporales que la melancolía causa en nosotros, algunos de los cuales hemos tratado ya, diremos que la primera manifestación orgánica de la tristeza es un desarreglo nervioso que se manifiesta por

sensibi  
imagin  
para el  
abatido  
Contra  
flexión  
más ó  
esto es  
socieda  
germe  
contra  
para la  
la abst  
facció  
tan fá  
indiv  
una gr  
forma  
este, o  
requer  
compe  
marlas  
nume  
La  
y deci  
se, es  
ser ca  
un órg  
dece e  
dolenc  
ferme  
de ser

Los  
un car  
que se  
zas y  
Este  
es inc  
cuanc



sensibilidad exajerada, tan exajerada á veces, que es simplemente reflejo de la imaginación enferma. Ni las contrariedades de la fortuna son tan desastrosas para el organismo en general como las del amor. El que las sufre se siente tan abatido y tan amigo de la muerte, que está por llamarla y la llama algunas veces. Contra estos enfermos, enfermos desde aquel mismo momento, nada puede la reflexión; es cuestión de ambiente primero é interna y orgánica después. Subsisten más ó menos tiempo los efectos de la enfermedad según la naturaleza individual, esto es, según los desarreglos que hemos heredado de los padres y contraído de la sociedad. Desde este instante, el cerebro ha recibido el germen morboso y este germen puede desaparecer ó aumentar según el ambiente. En los casos de amor contrariado, el remedio está en una persona que reúna circunstancias capaces para llamar poderosamente la atención del enfermo; en los de hastío á la vida, por la abstinencia forzosa de un deseo natural y justo, el remedio consiste en la satisfacción de este deseo. Pero sucede que por las condiciones sociales, aquél no es tan fácil como parece á primera vista, porque el amor exige ciertas condiciones individuales sin las cuales carece de encantos, esto es, de eficacia. La materia es una gran cosa, pero no es todo; faltan cualidades intrínsecas independientes de la forma, sin las cuales el ánimo no se dá por satisfecho, y que una persona ve en este, otra en estotro, según el modo de ser de cada uno, cualidades que han de ser requeridas libremente para que reúnan las circunstancias apetecidas capaces de compenetrar en otras y llenar las exigencias que llamaremos de espíritu por llamarlas de algún modo. A todo esto se opone á menudo la sociedad con medios tan numerosos que relatarlos sería cuestión de mucho tiempo.

La primera enfermedad moral que aparentemente adquiere caracteres sensibles y decimos aparentemente porque la enfermedad existe ya antes de manifestarse, es la hipocondría, producto exclusivo de grandes tristezas y que concluye por ser causa de ellas después de haber sido efecto. Viene la dolencia material; duele un órgano, el que ha trabajado más durante las largas horas de tristeza que padece el enfermo. Pues bien, la hipocondría, como el histerismo, como todas las dolencias nerviosas, son principios de locura y están hoy clasificadas entre las enfermedades cerebrales. Se prueba una vez más la parte principalísima que el modo de ser de la sociedad, tiene en las alteraciones mentales.

DOCTOR BOUDÍN.

---

## FISIOLOGÍA

---

Los productos de asimilación, cuya historia es todavía bastante obscura, tienen un carácter común: todos son impropios para la vida y deben inmediatamente que se forman, ser arrojados del cuerpo, como se eliminan de un hogar las cenizas y el humo.

Estos residuos son un peligro para el organismo, y su presencia en la sangre es incompatible con la salud, cuando están en gran cantidad. El peligro no existe cuando la cantidad es moderada, porque entonces el organismo se desembaraza



de ellos en poco tiempo, gracias á los órganos especiales encargados de eliminarlos.

El pulmón, el riñón, la piel y el intestino, tienen, entre sus funciones, la de eliminar de la sangre las sustancias nocivas ó inútiles que en ella pueden encontrarse, sea que proceden de la sangre misma, sea que yahan sido introducidas del exterior.

Estos cuatro órganos están encargados, sobre todo, de expulsar del organismo los productos que se hayan formado á consecuencia de las combustiones. El pulmón, devuelve el ácido carbónico; la orina, la urea; el sudor, el ácido láctico, etc. Todos ellos son los residuos de las combustiones vitales. A estos productos tan conocidos, es preciso añadir otros muchos que no lo son nada. Cada día, las investigaciones modernas dan nueva luz sobre las funciones de secreción y demuestran importancia capital del papel que desempeñan en el organismo.

No entra en el cuadro de este trabajo hacer un estudio completo sobre los productos de secreción. Pero es indispensable, para exponer nuestras opiniones sobre los resultados del trabajo y de la fatiga, insistir sobre un punto de su historia: sobre los peligros á que exponen el organismo cuando están accidentalmente retenidos en la sangre, ó cuando no se hace su eliminación de una manera completa.

Antes de que el análisis químico haya demostrado la existencia de principios tóxicos en los residuos de desimilación, muchos hechos clínicos habían probado que estos principios debían existir. Se sabe desde hace mucho tiempo que la menor paralización en las funciones de un órgano secretor, trae inmediatamente una serie de accidentes debidos á la retención en la sangre de los residuos que aquel órgano debía eliminar.

La función, cuya suspensión acarrea los peligros más graves y más apremiantes, es la respiración. Que el pulmón deje de funcionar durante algunos minutos y la muerte se produce por asfixia, que es un envenenamiento por el ácido carbónico. Este es el más abundante y el más conocido de los productos de la combustión del carbono del que están formados todos los tejidos vivos. La formación de este gas en la sangre es incesante; el organismo lo contiene en grandes cantidades; pero la dosis compatible con la vida no se traspasa nunca, por que el pulmón elimina el sobrante á medida que se forma. Si el órgano respiratorio suspende su función, el gas tóxico se acumula, y llega en poco tiempo á una dosis incompatible con la vida.

El ácido carbónico no es el único producto tóxico eliminado por el aparato pulmonar. El aire que sale del pulmón, por la respiración, está cargado de vapor de agua, y este vapor de agua lleva consigo un producto que no ha sido claramente definido y que se encuentra en muy pequeña cantidad, pero que se revela por sus cualidades nocivas y su olor infecto. Este producto se llama *miasma*. Cuando se entra por la mañana en un dormitorio donde han pasado la noche gran número de personas, se nota un olor de una fetidez insoportable, y que no se parece á ningún otro. Es el olor de las miasmas exhalados por los que han dormido en aquel local. Aquel aire está viciado.

La piel elimina el sudor, producto compuesto en gran parte de agua (99 por 100). Esta agua contiene, en disolución, sales, cloruros, ácidos, tales como el ácido láctico y un ácido nitrogenado particular, llamado ácido *sudórico*. Se encuentra también urea, como en la orina.



Además de la parte líquida de las secreciones cutáneas, hay otra parte gaseosa, que no es la menos importante. Se exhalan por la piel ácidos volátiles de diversas clases y ácido carbónico en notable cantidad. Pero los productos de la secreción cutánea más interesantes para nosotros, los que establecen mejor el poder tóxico de los residuos de la nutrición, son casi desconocidos desde el punto de vista del análisis químico, y no manifiestan su existencia más que por accidentes que producen en el seno del organismo, cuando no son eliminados. Su poder tóxico se ha puesto en evidencia por el experimento siguiente:

A un perro grande, se le afeita completamente la piel y se le da una capa de barniz impermeable ó de colodión, de tal manera, que no pueda salir el menor producto líquido ó gaseoso del cuerpo del animal por la vía cutánea. De este modo se aprisionan en el organismo del perro todos los productos que su piel expelía al exterior. Al cabo de unas ocho horas, el animal muere.

M. Sokolow, fisiólogo ruso, autor del experimento que citamos, atribuye la muerte de los animales recubiertos de la capa impermeable, á su envenenamiento por los principios que no pueden eliminarse.

El riñón elimina un gran cantidad de productos de descomposición orgánica. Sería demasiado largo enumerarlos todos. Los que dominan son los residuos de combustión de las sustancias nitrogenadas: la urea, el ácido úrico y sus compuestos los *uratos*. Pero la orina, como todos los productos de secreción, encierra muchos principios desconocidos. En todo caso, nadie duda de la importancia que tiene para el organismo el desembarazarse prontamente de los materiales arrastrados por la secreción urinaria.

Cuando las funciones del riñón están perturbadas por una enfermedad que cambia la estructura de este órgano, las orinas no tienen la misma composición química y concluyen por no arrastrar consigo las sustancias que llevan habitualmente. Su composición cambia y se simplifica; no encierran, por decirlo así, más que agua. La urea y todos los otros residuos de las combustiones vitales, como no se eliminan por su vía natural, se acumulan en la sangre, donde el análisis químico los encuentra. Inmediatamente se manifiestan accidentes de envenenamiento por la orina, llamado *uremia* y que terminan pronto por la muerte.

Dos notables experimentos de M. Bouchard han mostrado, además, que la orina era tóxica y que la inyección de este líquido en las venas de un animal en buena salud, podía causar rápidamente su muerte.

El intestino es uno de los órganos de eliminación que debe expulsar al exterior mayor cantidad de residuos de combustión. Pero como se encuentra también lleno con gran cantidad de residuos alimenticios, y recibe además las secreciones del hígado, del páncreas y de multitud de glándulas, es muy difícil discernir en esta mezcla lo que es debido á los productos de desasimilación.

Un hecho de observación sencilla prueba que el intestino debe recibir su parte en los productos eliminados como residuos de las combustiones. Cuando estas aumentan, á consecuencia de un trabajo muscular excesivo, hay siempre mayor evacuación y las heces son más líquidas. El intestino parece haber sufrido el contacto de materias que desempeñan un papel laxante, cuyas materias no vienen del exterior por un cambio en el régimen alimenticio, sino del mismo organismo. Los productos de desasimilación, aumentados por el ejercicio muscular, se eliminan por el intestino y excitan su contracción para producir deyecciones más frecuentes.



En todo caso, las funciones del intestino, como las del pulmón, de los riñones y de la piel, no pueden suspenderse sin los más graves inconvenientes. Cuando las materias fecales permanecen demasiado tiempo en el tubo digestivo, á causa de alguna lesión que oblitera el canal intestinal, se ve desarrollarse una serie de accidentes que se conocen bajo el nombre de envenenamiento estercoreo, y que son debidos tanto á la reabsorción de los productos de desasimilación, como á las emanaciones pútridas del residuo alimenticio.

Los cuatro órganos, cuya función secretora hemos estudiado sumariamente, no son los únicos encargados de eliminar los productos de que quiere desembarazarse el cuerpo. Todas las glándulas pueden, en un momento dado, tomar parte en esta función, que se podría llamar de limpieza del cuerpo. Se ha señalado accidentalmente en ciertas secreciones la presencia de sustancias que pueden tener efecto tóxico. Inyectando en la arteria carótida de un animal pequeño, saliva de un hombre en ayunas, se ha conseguido producir algunas veces graves accidentes. Este hecho prueba que la saliva, como la orina, puede contribuir á la eliminación de sustancias de desasimilación, cuyo poder tóxico demuestra los hechos observados.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de RICARDO RUBIO

## NOTAS SOBRE EL DETERMINISMO EN LA NOVELA

Ahora que, según dicen va pasando de moda el en un tiempo preponderante *naturalismo* literario, precisamente ahora es cuando más conviene recoger su fruto y entrar en plena posesión del legado que de su paso por el arte nos quede.

Cualquiera que haya leído los trabajos críticos y preceptivos de Zola, sabe desde luego la diferencia que entre el realismo y el naturalismo existe, y como fué éste un rechazo al arte del positivismo filosófico. El fondo realista del naturalismo literario era su base espontánea, su cimiento propiamente artístico, base sobre que se asentaron elementos en rigor extraños al arte mismo, toda una superfetación aportada á la literatura de teorías é hipótesis científicas á medio hacer. Lo espontáneo en Zola es un vigoroso poeta épico, de soberano aliento, con potente visión realista y un enorme sedimento romántico; y por otra parte el Zola reflexivo se reduce á un mediano discípulo de Claudio Bernard, discípulo al que por falta de cultura filosófica y científica se le indigestó el experimentalismo de su maestro.

Muchas veces se ha repetido que la denominación de *experimental* que Zola dió á su novela prueba á las claras que el gran novelista no tiene idea clara de lo que es un experimento. Y lo prueban más aun sus trabajos preceptivos, deplorables en cuanto á doctrina. No ha sabido explicar y razonar ni aún sus propios procedimientos.

Sería una labor interesante la de indagar hasta que punto y de que manera ha perjudicado en Zola la reflexión á la espontaneidad, cómo la explicación que se daba á sí mismo de su *hacer* le ha enturbiado este *hacer* mismo. Sería una prueba



más de que puede mediar un abismo entre la conducta de un hombre y la doctrina con que pretende razonarla. Al tratar de justificar objetivamente nuestro espontáneo modo de obrar, podemos acabar por deformarlo para que ajuste á esa justificación á posteriori. Mas dejando este interesantísimo punto de vista, paso á hacer algunas consideraciones acerca del influjo directo de la ciencia, no ya de la realidad, en el arte literario, consideraciones que procuraré concretarlas á la influencia del determinismo psicológico en la novela. Porque lo distintivo de la novela naturalista es, como lo reconoce Zola, la adaptación del determinismo á la novela.

No hace aquí al caso entrar en el fondo del problema psicológico que el determinismo plantea, y digo esto porque la tal doctrina no resuelve más que el libre-arbitrismo la cuestión, sino que la plantea de distinto modo. Admitámos provisoriamente la que se llama solución determinista y veámos si cabe encarnarla en el arte.

Todo el que ha estudiado algo de estas cuestiones conoce los trabajos de Quételet, así como casi toda persona culta tiene idea del principio estadístico en que se basan los seguros sobre la vida. Sobre la base de un número mayor ó menor de componentes sociales se determina la proporción de cada género de crímenes en un ambiente social dado y se llega á trazar curvas de fenómenos que individualmente considerados parecen escapar á toda expresión funcional. Y de la misma manera establecen las compañías de seguros sobre la vida el cálculo de la vida media, obteniendo más seguros resultados cuanto es mayor el número de asociados con que operan. Las diferencias se saldan unas con otras.

Mas aun cuando se supongan del mayor rigor tales cálculos á nadie se le ocurre predecir con ellos que tal sujeto cometerá tal crimen, ni que tal otro morirá á una edad que se determine. Es que la determinación se aplica al *hombre medio*, único objeto de la ciencia, á un hombre de abstracción y en cierto modo ideal.

El hombre que la psicología estudia es un hombre tipo, es un abstracto que resulta del cotejo de individuos concretos. En rigor la psicología más que *almas* estudia fenómenos anémicos, y á estos fenómenos, *en cuanto generales*, se aplica el determinismo.

Aun cuando sean en sí perfectamente predeterminados cada uno de los actos de tal ó cual individuo concreto, para nosotros resultarán siempre perfectamente indeterminables muchos de ellos. A medida que crece el número de los componentes y se complica su diversidad se hace menos determinable la resultante. No hay más que comparar la relativa facilidad con que podemos fijar de antemano el punto de término de las bolas en una carambola con la imposibilidad práctica de señalar, ni aún aproximadamente, el sitio á donde irá á parar una pluma que se deja caer del alto de una torre.

De todo lo cual resulta que desde el momento en que se trate de aplicar el determinismo psicológico á personajes de novela, que representan individuos concretos y no tipos medios ni meros entes de razón, se corre el riesgo de simplificarlos convirtiéndolos en meros símbolos, como muchos de los de Zola, ó en muñecos de relojería como los de Stendhal. Llegan á producir el poderoso efecto de fantoches de delicadísimo mecanismo, pero no sensación de vida. Divierten, sorprenden ó sugieren, pero no conmueven. Nos presentan situaciones tomadas de la realidad, pero no caracteres.



Más de una vez ha echado en cara Zola al arte antiguo el que operara no con personas sino con personificaciones, y que al presentarnos un avaro no hiciese más que sacar á escena la Avaricia vestida de hombre. No es mucho lo que él ha progresado en este respecto. Su Coupéau no es la horrachera pero sí el borracho típico, sacado de monografías de patología más que de la realidad viva. En vez de operar con el abstracto general (la avaricia) opera con el abstracto particular (el avaro) no con el concreto; un avaro. La mayor ilusión de realidad que á primera vista producen sus personajes se debe á que son condensación de una ciencia más complicada, como producirán siempre más efectos los fantoches, contruidos con reglas tomadas de una mecánica más compleja. Pero nunca tendrán la vida que el artista presta á lo intuitivo en la realidad. Como concreción que son de una psicología más hecha los personajes de Zola ofrecen mayor relieve, pero desde luego se ve que trazó la genealogía de sus Rougon-Macquart con el clásico libro de Próspero Lucas ante la vista. La genealogía ha precedido á la familia misma, los actos de cada uno de sus miembros dependen de un plan predeterminado en vez de resultarnos esa determinación de los actos mismos. La ley ha precedido á los hechos, y es natural que en el fondo surjan estos muertos. Es llenar moldes abstractos.

De aquí resulta que esos personajes naturalistas se nos aparezcan de ordinario con una coherencia poco natural; y que casi nunca nos sorprendan con algo que no era de esperar de ellos cuando todos los días nos dan tales sorpresas las personas á quienes más y mejor conocemos. Por esto resultan personajes anormales y enfermos, de una lógica de autómatas.

No hay que perder de vista que no hay cosa que se nos muestre menos determinista que la historia, y sobre todo la biografía. Lo determinado en sí puede sernos absolutamente indeterminable. Querer nacionalizarlo todo en el arte es excluir de él lo *irracional*, factor importantísimo de la vida real. Empleo aquí *irracional* en el sentido que esta voz recibe en matemáticas. Sucede como con lo imaginario. La raíz cuadrada de dos es en matemáticas una cantidad imaginaria, un número indeterminable, incommensurable con la unidad, y sin embargo no hay nada que pueda determinarse gráficamente con mayor sencillez, puesto que se reduce á la diagonal del cuadrado de la unidad. No por cálculo, por intuición se logra fijarlo y fijarlo sino científica, artísticamente por lo menos.

El arte es un saber intuitivo, *gráfico* podría decir, que nos presenta realidades que la ciencia, que solo opera con cantidades abstractas, y que es un saber que podríamos llamar *algebraico*, no consigue determinar.

El arte debe proceder como la naturaleza, en el orden del ser intuitivamente reflejado en nosotros, no en el orden del conocer discursivamente expuesto. El arte no es una ciencia aplicada, aunque la ciencia eleve al arte. La ciencia educa y afina el ojo para que vea mejor lo que hemos de sentir, pero desnaturaliza nuestro arte si solo nos da después de habernos estropeado la vista, gafas. Los hombres de ciencia metidos á artistas suelen mirar á las estrellas con microscopio y con telescopio á un musgo.

A la vez que la novela patológica nos trajo el naturalismo un concepto mezquino de la verosimilitud, robusteciendo la estrechísima idea que de lo verosímil suele tener el público que frecuenta el teatro. Para la verosimilitud artística basta que algo haya sido posible *una sola vez*. Cualquiera diría que ese empeño en que sólo se nos muestre en las tablas lo ordinario procede de la ordinariedad del público, que



resiste el que quieran sacarle de su propia medida. Las críticas que del Orozco de *Realidad* oí á espectadores trascendían todas á la sorda irritación que el hombre vulgar y mezquino siente de que le presenten un héroe, cuya grandeza le es inaccesible. Odia la tragedia porque le deprime.

El gran progreso que la novela naturalista nos ha traído es el cuidado de la documentación; lo más hondo de ella es ser novela *histórica*, en el más recto y profundo sentido de esta denominación.

Novela histórica é historia anovelada son dos cosas que convergen á una elevada producción á que concurren ciencia y arte, fundidos y no yuxtapuestos. Lo que respecto á una época no nos dicen secos anales y escuetos documentos diplomáticos, nos enseña su literatura: la vida cotidiana, intra-histórica.

Es ya antiguo dividir la historia en externa é interna, como si fuesen cosas separadas y no cosas de la misma realidad. Abundan libros de historia en que alternan los capítulos de historia externa con los de interna, en vez de ir fundida una y otra, surgiendo lo externo de lo interno. Después de contar una guerra y las vicisitudes de una monarquía, viene un capítulo sobre la industria, el comercio, la ciencia, etc., como si la guerra aquella no fuese una de tantas manifestaciones de estas diversas actividades. Surge la historia externa de la interna como lo psicológico de lo fisiológico.

Zola y Taine pueden servirme de ejemplos de la convergencia entre la novela y la historia. Las novelas de Zola son tan historia como novela las historias de Taine; las ficciones del primero tienden á la realidad de lo histórico tanto como al interés é íntima verdad de lo novelesco los sucesos reales que el segundo cuenta. Cuando una historia, sin dejar de serlo en todo rigor, produzca el efecto estético de una novela, será cuando á la realidad, que es algo externo, se haya unido la verdad, que es interna, á lo pasajero lo permanente. Entonces nos acercaremos á ver la íntima identidad de la verdad y de la belleza, y á la comprensión de cómo es ésta el resplandor de aquélla.

A tales principios pretendí ajustar, en la medida de mis fuerzas, mi novela *Paz en la guerra*, cuyos principales defectos brotan sin duda de este empeño reflexivo que la presidió. Quise fundir, y no yuxtaponer, lo histórico y lo novelesco, contar una historia por dentro y encajar una ficción en un exterior rigurosamente documentado.

El elemento histórico es en ella mucho mayor que suele serlo en las novelas llamadas históricas, puesto que pretendí que fuese la historia de nuestra última guerra civil algo más que ambiente de la novela y mero marco de su ficción. Anovelar la historia es lo mismo, en último resultado, que historizar la novela.

El naturalismo novelesco, en lo que tuvo de específico, en su aplicación á la novela del determinismo psicológico, creo que ha fracasado, pero dejándonos con tal fracaso enseñanza abundante. Por otra parte, esa misma aplicación de una teoría científica no ha dejado de hacer que se enriquezca el realismo. Es difícil que el público, educado á gustar ficciones cuidadosamente trabajadas sobre documentos de la realidad, se avenga en adelante á la ficción desenfundada.

Fundir artísticamente en la novela lo psicológico con lo sociológico es la principal tarea que resta; fusión que no es el fondo otra que la de la novela propia y específicamente tal con la historia.

MIGUEL DE UNAMUNO.



## TEATROS

### LA COMIDA DE LAS FIERAS, de Jacinto Benavente

De las obras modernas del teatro Español, y entre lo moderno podemos incluir, salvo dos ó tres, todas las obras dramáticas que se han escrito en los últimos cincuenta años, dos hay, que sin haber obtenido un triunfo como el del *Santo de la Isidra*, constituyen para los intelectuales, el más apreciado tesoro literario.

Una de ellas, es *Realidad*, de Galdós, extraordinaria creación. Todo el estrafalario teatro de Echegaray puede darse por una escena de la gran obra. La otra es *Gente conocida*, de Benavente, como la ha arreglado ahora, sin la condescendencia del último acto.

Benavente, con Galdós, son los dos temperamentos machos del arte escénico.

Nadie en el teatro, más robusto, más fuerte que Benavente. Su delicadeza es solo producto de su refinamiento artístico.

El estreno de su última producción, *La comida de las fieras* da la razón á nuestros asertos. Su vigorosa personalidad se acentúa más en dicha obra; en ella, como de costumbre, fustiga, analiza y expone con verdad cruel los vicios de la gente del gran mundo. Su talento se impone, domina, subyuga al público, le arrastra y le hace oír los mayores atrevimientos; atrevimientos en el teatro, pero que en voz baja, en los salones, oyen las pudibundas doncellas y los señores timoratos, con gran regocijo. Benavente impone al público, como ningún otro escritor, por que posee el supremo arte de saber decir las cosas que quiere; es un tirano del idioma, del vocablo, juega con él, le domina.

Los críticos de los *grandes* periódicos, esos críticos, que sólo están en su elemento hablando del teatro de Echegaray, han dicho con ocasión del estreno de *La comida de las fieras*, las barbaridades á que nos tienen acostumbrados.

Estas barbaridades, giran sobre lo siguiente: primero, que las obras de Benavente son de corte francés: segundo, que no tienen acción.

Estos dos argumentos los unen, los hacen uno; uno consecuencia del otro.

Poco nos costará hacer ver el error eraso de esos señores. Benavente no es un imitador del teatro francés moderno; Benavente es un descendiente del verdadero teatro español antiguo.

Las obras de Alarcón, las de Moreto, *El sí de las niñas*, de Moratín, ¿qué son? Obras bien habladas, obras cuyo mérito estriba sólo en el hermoso diálogo, en el *firteo* de los personajes; la acción en ellas es lo de menos, pues desde la primera escena ya sabemos el final. Sólo los temperamentos groseros pueden criticar la falta de acción en una obra que en sí encierra un mundo de ideas, en una obra en que los personajes sufren una crisis tan grande como la de caer en la miseria después de haber vivido en la opulencia, en una obra en que cada personaje secundario es encarnación viva de tipos que pululan por Madrid.

*La comida de las fieras* es de las pocas obras en que se respira un ambiente que seduce, en la que todos hablan como son.



Sentimos que el poco espacio de que disponemos nos impida enumerar las bellezas de cada acto, la sublime exactitud de todas las escenas y de todos los tipos.

A pesar de los malos tiempos que para el arte teatral corren, tenemos el consuelo de decir que poseemos dos autores grandes, dos autores geniales, que desprecian el triunfo fácil, vulgar: Galdós y Benavente.

Esos señores críticos, llámense Arimones, ó Lasernas, que desean acción, acción y acción, les recomendamos vayan al *Teatro Cómico*, donde el gran Mata hace á maravilla *Ferreol* y *El soldado de San Marcial*.

La ejecución muy bien. Thuiller, un gran director; la Cobeña, deliciosa; Valle Inclán, el novel actor, arrancó aplausos; Agapito Cuevas, haciendo una nueva creación.

LUIS DE LARA.

### DON JUAN TENORIO

Hemos crecido leyendo alabanzas á *Don Juan Tenorio*; mayores de edad, nos han parecido inmerecidas. Mal aplicados los elogios pervierten el arte; las censuras injustas causan estragos en los cerebros. En nada queremos ser maestros, aunque la lógica nos admire y atraiga.

Si de *Don Juan Tenorio* sacamos la *melodía* del verso, nada queda, ni siquiera arte.

Aparte inmoralidad, haciendo únicamente arte por arte, la obra no aleanza precio, algo exigentes, sería despreciable. El Burlador de Sevilla está muy por debajo de nuestros bandidos andaluces. Los iguala en fanatismo; los supera en superstición; es sacrilego de puro desvergonzado. Si todas las hazañas de Don Juan fueron como aquella en que mató á Don Gonzalo de Ulloa, podemos considerarlo el mayor de los traidores; jamás conoció el valor quien de tal manera obraba.

Si sus aventuras amorosas tuvieron semejanza con la de Doña Ana de Pantoja, en verdad que el tal Tenorio tuvo poco de galán y mucho de asesino. Ni esas son exigencia del arte, ni este es un personaje histórico. El arte es algo más elevado; nuestros aventureros si fueron borrachos, calaveras, jugadores y pendencieros, jamás violaron ni asesinaron jamás.

Que guste *Don Juan Tenorio* es en perjuicio de nuestra inteligencia y de nuestros sentimientos.

URALES.







## SECCION LIBRE

### COSAS EXTRAÑAS

*El derecho al suicidio es tan sagrado, por lo menos, como el derecho á la vida.*—No teniendo el individuo arte ni parte en su advenimiento á la sociedad y á la vida, tiene perfecto derecho á abandonar una y otra cuando creyere no convenirle entrambas. No puede dejar de pertenecer á la sociedad sino dejando la existencia; pues en cualquier rincón de la tierra donde se hallare no habrían de prescindir de imponerle unas ú otras leyes sociales. Si por su voluntad las rehuía, la fuerza se encargaría de hacérselas aceptar, mal de su grado. Luego, para liberarse de ella, no tiene otro recurso que matarse ó hacerse matar.

*La sociedad debe fundamentarse en el auxilio mútuo.*—Un individuo solo, no pudiendo realizar sus deseos ni satisfacer sus necesidades con el esfuerzo propio, se une con sus semejantes para conseguirlo. Siendo la sociedad un pacto que concede iguales derechos y exige los mismos deberes á todos, no puede ésta considerarse definitivamente constituida mientras alguno de sus miembros pueda impunemente dejar de cumplir uno de sus deberes ó serle desconocido cualquiera de sus derechos. En uno ó otro caso la sociedad adolece de un vicio de origen que es causa inevitable de su ruina.

*El derecho á la vida trae aparejado el de la subsistencia.*—En una sociedad en que todos tuvieran lo necesario, el apoderarse de lo ajeno sería un gravísimo delito que la sociedad en pleno se apresuraría á castigar; pero si, como sucede en la actual, una parte de sus individuos no sólo disfruta de lo necesario, sino que abusa de toda clase de placeres, mientras otra parte—la mayor—carece de lo indispensable á la existencia, apoderarse de lo que á otro sobra es natural y justo. La bestia caza en el monte sin que nada le importe un ardite; en tanto que un hombre no puede penetrar en la propiedad de otro sin su permiso. ¿Es esto digno del ser inteligente por excelencia? No, es sencillamente absurdo.

*Los pueblos gimen hoy bajo el imperio de la fuerza.*—Pero éste es el estado del



hombre primitivo, en que, al igual de la bestia, se disputa la presa con la fuerza de sus puños. Hoy, si bien no impera como en otro tiempo la fuerza física del individuo, domina la de las armas y la de la astucia. La astucia no es inteligencia. He aquí, pues, la sociedad presente y pasada: una aglomeración de gentes débiles y pusilánimes dominadas por otras astutas y audaces, de sencillos y tontos y de bribones y pillos.

El que pretende hacer respetar la ley es fusilado ó por lo menos perseguido y encarcelado, en nombre de esa misma ley que invoca, si se opone á los caprichos del potentado. Es tan flexible la ley hecha por los hombres, que la misma que castiga el abuso, lo sanciona. Además, jueces condenan al inocente si es miserable, y abogados defienden al criminal si es poderoso.

La propiedad individual es antinatural é injusta. El individuo, con su esfuerzo propio, no puede más que satisfacer sus necesidades en la vida; si ahorra es que ha usurpado á los demás parte de sus riquezas: es un ladrón. La sociedad está obligada á la manumisión de todos sus miembros cuando son desvalidos, á condición de contribuir con su particular esfuerzo al sostenimiento de los demás en tanto pueda prestarlo.

El altruismo, como el egoísmo, son contrarios al carácter social del hombre. El individuo se debe á los demás, á condición de que los demás se deban también á él: esta es la ley natural. El común esfuerzo aplicado al mantenimiento social, es la perfecta manifestación de esta ley. Si la Naturaleza, por sí misma, y sin trabajo por nuestra parte, acudiese á nuestras necesidades, tomando cada cual su parte, era innecesaria la sociedad; pero como para alcanzar lo que apetecemos nos vemos obligados á arrancárselo á la fuerza, de ahí la necesidad del trabajo que debe ser común, así como el disfrute de sus productos.

Las religiones son la más genuina representación del despotismo: no tienen razón de ser.

Dios es el gran Tiranógenes: (1) el día en que hayamos conseguido derribar ese mito, el hombre será libre y feliz. Él ampara todas las tiranías, desde la de los jefes de Estado, hasta la de los padres de familia. Él es causa primordial de la explotación del hombre por el hombre, manteniendo en la servidumbre á los más, en beneficio de una minoría de privilegiados, para cuyo provecho se han hecho las leyes y se han organizado los Estados.

El arte es la reproducción de las manifestaciones de la Naturaleza, sean como fueren: su fuente es la realidad para y simple.

El fin de la Historia es poner el *pasado* ante el *presente*, para penetrar con acierto en el *porvenir*.

(1) Engendrador de tiranía.



Ignorando en absoluto de donde venimos y á donde caminamos, nuestro deber es hacer la vida todo lo agradable posible, aprovechando para ello cuantos recursos la Naturaleza nos presente y nuestra mente nos sugiera.

ANTONIO CRUZ.

## REPLICARON LOS BÁRBAROS

«¿Son éstos los que han de destruir la sociedad vieja? ¿Estos los nuevos bárbaros que nos amenazan? ¡Bah! Con hambre solo, sin ideal alguno se hacen movimientos, pero no revoluciones. El caballo de Atila se acerca, pero no trae jinete. Esta masa sin ideales, sin sentimiento artístico que la sublimice, no puede ser más que caballo; el jinete que la dome y que la guíe á su antojo siempre será de los nuestros. Aristócrata de pura raza por derecho divino.»

Así dijo la efígie de la principalísima dama mientras la conducían algunos criados, unos pobres diablos, al Museo y la colocaban frente un grupo de borrachos.

Y quedó allí expuesta en lugar preferente, para que la favoreciera la luz y sirviera de contraste y admiración á los visitantes. Ella, la de delicados perfiles, la de la piel blanca, lustrosa y fina; luciendo sus espirituales facciones *tête à tête* aquellos rostros encendidos, arrugados, ordinarios, deteriorados por los efectos funestos del alcohol y con olor á tabaco requemado multitud de veces en el fondo de sus ennegrecidas pipas.

Y como aquella encantadora cabeza se destacaba tan notablemente, fueron á copiarla multitud de artistas y escritores: unos, para que sirviera de modelo á la principal figura de su cuadro; otros, para que la estatua ostentara sus bellas y acabadas perfecciones; otros, para que fuese la protagonista de su libro, por lo cual investigaron hasta sus antecedentes.

Del montón de los nuevos bárbaros, de la masa sin sentimientos artísticos ni ideales que la sublime, destacáronse algunos desconocidos y reprodujeron á aquella deidad aristocrática que tomó encarnación entre una multitud de personajes movidos por uno de los del ejército de Atila, y se agitó y revolcó con el nombre de la condesa de Muffat ó con el de La gran duquesa de Gerolstein, aunque los perfumados y simbólicos escritores de las grandes y lujosísimas publicaciones siguieron sin darse cuenta de ello.

Continuaron ignorantes recibiendo ígneos destellos de diáfana luz dentro el espacio de la gota de agua que era su todo, en tanto que los pinceles de otros bárbaros trasladaban los colores de la paleta al lienzo para animar los desastrosos efectos de una prolongada y pacífica huelga; los de la explosión del grisú ó los de otro hermoso cuadro donde, en primer término, véase á una figura de mujer joven, virgen, clorótica por el aire enrarecido que han absorbido sus pulmones dentro la fábrica; pálida, macilenta, flaca por efecto de la mala nutrición; con un traje rahído y con la boca entreabierta, como diciendo: Soy la mujer del trabajo; y en segundo término, destacándose del claro-oscuro que en el fondo forma la luz, un precioso landó arrastrado por soberbio tronco de caballos, que no son de



los de Atila, pues se les ha castrado para que los *lacayos* puedan enfrenarlos con más facilidad, caso intentaran hacer alguna travesura que pusiera en remoto peligro á nuestra hermosa condesita, á nuestra gran duquesa, cuyo parecido ha sido trasladado desde el Museo á la testera del aristocrático carruaje y reclinada sobre riquísimo almohadón de peludies seda y ataviada con preciosos encajes que adornan sus divinos senos, hombros y garganta, con plétora de vida en su rostro peregrino, vésele dirigiendo una larga y fija mirada entre severa y compasiva, medio admiración, medio desprecio á la virgen del trabajo, y con sus labios de cereza parece decirle: «*Envídiame, villana. SOY LA DIOSA DE LA PEREZA. El jinete por quien no te dejas montar* (porque esta obrera también forma parte del caballo sin jinete) *me protege y me regala.*»

Luego los cinceles de otro bárbaro reprodujéronla en un mármol representando á una nueva *Magdala* en el momento de arrepentirse; los de otro, á la *Diosa de la Soberbia*, bella, incitante con sus pechos salientes algo desnudos; el contorno de sus formas, la suavidad de sus carnes, la esbeltez de su cuerpo, dándole un aire de majestad y de sublime respeto; los pliegues de su ropaje, la expresión de su semblante, la acción de sus brazos y de sus manos hacen que se la juzgue un ser real, animado, con vida propia.

—¿Para qué—le pregunta un insignificante pedazo de cola del caballo de Atila,—para qué quieres esta hermosa creación? ¿En qué nuevo Partenón, en qué nuevo Erecteo vas á colocarla? ¿Sobre qué elegantes cariátides descansará? ¿Dónde están los frisos, los relieves, las nuevas metopas que hermoseen el conjunto?

—Calla, hermano, calla—le contesta el bárbaro Fidias de la edad presente;—calla y espera; así que el Hecatompedos moderno, por una ó por otra circunstancia, deje de dar los funestos resultados que hoy da guardado por manos tan estrafalarias; así que la diosa Acracia regule las funciones de las legiones bárbaras, es decir, nuestras legiones, verás improvisar un nuevo valle de Cefiso. Entre los innumerables jardines, los *frescos surtidores*, los *deliciosos paseos*, interpolados con múltiples plantaciones de gigantescos árboles de ramas extensas y espeso follaje, verás levantarse un trípode de edificios manoseados, remedando al Pliso, el Cinosarges, el Liceo; sobre ellos descansará el templo Atene y en su cúspide colocaré mi estatua. Pocos días después, convocados los pueblos á su alrededor para sellar con un afectuoso y fraternal apretón de manos el feliz advenimiento de la era de libertad y solidaridad, en el momento supremo en que latirán todos los corazones al impulso de aquella sola idea, entonces, para no tener que repetirlo con una figura viviente como hizo el pueblo de París con la gran duquesa de sus tiempos, entonces, digo, de un macetazo la saltaré la cabeza, que desde aquella altura rodará para siempre en los abismos sin fin de los espacios...

Dijo, y arrugó el entrecejo, y mal humorado concluyó:

—*Porque esta gente, por no tener, ni siquiera sus efigies tienen respeto.*

BALDOMERO OLLER.



## NOTAS DE UN BOHEMIO

.....

Cuando se desembarca en una ciudad extranjera, en la que no se tiene ningún amigo, ni se conoce el idioma, ni se posee más que cincuenta céntimos por todo capital, se siente en el pecho un peso que oprime hasta hacer difícil la respiración; un cansancio que extingue todas las energías; un amodorramiento que embota las facultades; un hastío indefinible que no se sabe si son ganas de dormir ó de morirse, y una pena que lacera el alma y anonada el espíritu. Quien no ha sufrido este malestar no puede formarse idea de lo que se padece. Todo lo que te rodea es triste, sombrío, pertinaz. El ruido de los carruajes te hiere el oído de tal modo, que parece el efecto de una incisión que llega hasta los huesos; las gentes que te tocan, al pasar junto á tí, producen una especie de excitación nerviosa que te precipita en un estado de loca desesperación, en que no sabes qué hacer, qué decir, contra quién pegar, y si el freno poderoso de la voluntad te contiene, la actitud inconsciente que se adopta no puede tener más analogía con la de un idiota. El tiempo, ese elemento primitivo, eterno como la materia, infinito como el espacio, cruel como un tirano, pasa con precipitación asombrosa y te hiere con el horrible dardo del hambre, que produce dolores agudos, tan agudos, que á las pocas horas de herido el sol llena el mundo de tinieblas, se confunden las imágenes y todo lo que te rodea se convierte en una masa informe que fascina. La noche, en cambio, vuelve la vista, y sin tener los ojos abiertos distingue, sugestivamente, por breves momentos el contorno de seres y cosas que no están presentes, y todo se agita en rapidísima danza macabra con tenebrosos colores de muerte. El corazón late precipitadamente, pugnando por salir del pecho abrasado; parece otro sér distinto que trabaja febrilmente para librarse de la miserable envoltura que le oprime como maciza mole de plomo; un minero al que la traidora explosión del grisú ha obstruido el orificio de salida de la galería y golpea desesperadamente con horrible llanto y loca furia. La cabeza, abrasada, se funde al calor de un fuego mortífero, cuya causa radica en el estómago, en el que se sienten contracciones dolorosas, prolongadas, como si la mano anacrónica de un inquisidor se deleitara con tan horripilante martirio. Las mandíbulas se juntan; la boca se cierra. La muerte llega con su guadaña enorme, crugiendo huesos, perdiendo carpas. ¡Horrible pesadilla! ¡Fúnebre visión!

.....

¿Qué hacer? Es condición del hombre civilizado, esperar; defecto abominable, hijo de la degeneración; legajo atávico, producto del error de una moral tan veleidosa como corruptora; falaz como los ídolos antiguos y vieja como la historia del mundo, cuya influencia ha dado á la sociedad y al individuo hábitos desgraciados, detestables y costumbres quijotesecas ó feroces.

Un salvaje hambriento no se detendría estúpidamente á la puerta de una tahona; entraría y comería. Tienen estos seres un concepto práctico de la vida mucho más elevado que nosotros. Su moral primitiva es muy superior á la nues-



tra; su instinto de conservación es bastante más lógico que toda nuestra reflexión filosófica.

El hombre civilizado es un sér débil que no puede salir de cualquier situación difícil, si para ello necesita resolución y fuerza. Su nerviosidad le suministra ilusiones necias, esperanzas estúpidas que aceleran su muerte. En sus trances más apurados, en esas situaciones en las que el gato entra por la ventana y se apodera de la carne de la cocinera descuidada; que el perro se revuelve furioso y muerde, y el asno abandona el camino, echa la carga y tranquilamente come en el verde campo inmediato; el hombre piensa en fortunas providenciales halladas en mitad del arroyo; en seres imaginarios que prodigan alimentos y dinero; en cuentos inocentes en los que el diablo brinda felicidades á granel; en leyendas en las que el hado, enternecido, transporta al desgraciado á un edén encantador, donde hay manjares exquisitos, néctares deliciosos y... ¡oh! prodigiosa imaginación del hombre moderno, cuánto camino has de recorrer en la historia, á través de los siglos, evolucionando hacia un estado de perfección social.

Por un fenómeno singular, ni siquiera las cosas que nos son conocidas, aquellas que dominamos con nuestra fuerza, que explica nuestra ciencia y cuyo principio patológico nadie ignora, podemos siquiera *naturalizar*.

El hambre, en el sentido que damos á esta palabra, es una enfermedad social. La terapéutica conoce el tratamiento de tan triste dolencia; su diagnóstico no ofrece duda: se tiene hambre, pues á comer. Esto es lógico, claro y de eficacísimos resultados. Pues, no señor; no hay tal, se tiene hambre y no se come. ¿Por qué? Bien sencillo: porque el hambriento es un desposeído de la riqueza social; no tiene pan ni carne ni legumbres que le pertenezcan; es decir, que sean de su exclusiva propiedad. ¡A cuán tristes reflexiones da esto lugar! ¡Cómo se entristece el ánimo cuando en tales monstruosidades se piensa! Da vergüenza ser hombre.

Se busca inútilmente en el vocabulario conocido una frase que califique este fenómeno, una imprecación para maldecir la sociedad que lo produce, y no se halla. Es tan grande la aberración que no existe calificativo.

Pero ¿es que la Naturaleza, nuestra madre pródiga, no produce lo necesario para que todos sus hijos sean felices y vivan en la abundancia? La Naturaleza, con nuestros conocimientos actuales y el escaso trabajo que en ella hacemos, nos da más de lo que necesitamos. Sí, más; mal que pese á los individualistas, á esos seres desgraciados que todo lo quieren para ellos, defensores del actual régimen social. Y se piensa en *La conquista del pan*, el libro admirable de Kropotkine...

El pauperismo no es causa de la Naturaleza. sino de la sociedad. Si hay quien tiene hambre, no es porque no haya abundancia de comida, sino porque está acaparada en virtud de leyes inicuas. La pobreza no es una necesidad de la sociedad, sino un defecto de su organización; y de reflexión en reflexión llegamos á otro libro maravilloso, con párrafos llenos de profunda ternura y cifras elocuentes, cuya lectura lacera el alma. *El dolor universal*, condensación de todo el sentimiento de un gran poeta, de toda la profunda grandeza del genio, de toda la sublimidad humana. Y en él aprendemos que, con los productos actuales de la Naturaleza y el trabajo, cada sér humano, en justa y equitativa distribución, tiene derecho á 1.033 kilogramos de comestibles, á 1.766 francos en dinero para proveerse de vestidos, calefacción, alumbrado, calzado y demás gastos secundarios.

Siendo cierto, como es, puesto que es científico, que el hombre para vivir nor-



malmente, necesita de las dos clases de alimentos fisiológicos (substancias ricas en carbono, pan, legumbres, etc.), y alimentos nitrogenados (carne, huevos, queso, etc.), una ración cotidiana de 1.300 gramos, resultará que un adulto, para vivir en buena salud, debe consumir al año 474 kilogramos de substancias nutritivas diversas.

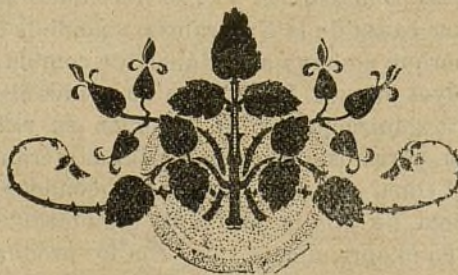
Como á cada individuo, según queda dicho, corresponde 1.033 kilogramos, tendremos por individuo y por año un sobrante de 559 kilogramos de substancias alimenticias que, sumadas á las que se nos quitan de 474 que debiéramos consumir, hacen un total fabuloso que se despilfarra en repugnantes hartazgos, en desenfrenadas orgías.

No necesitamos hablar de las grandes ventajas al explotar la tierra en común, sin limites de propiedad, cotos y dehesas que la cercenen y la aplicación científica de herramientas y procedimientos modernos, para que no se nos califique de utópicos ó se nos persiga por sustentar ideas subversivas. Llamamos sólo la atención de los defensores del actual orden de cosas acerca de las cifras apuntadas, de los que viven en continua zozobra indignados contra esas gentes que atentan á sus vidas en momentos de loca desesperación y amenazan al mundo con una revolución transformadora. La causa que tengais que lamentar lo que sucede, es vuestro egoísmo. Contentándoos con lo que buenamente necesitáis como seres humanos, sin excesos que consumen vuestra vida, no habria ninguna criatura que careciese de lo necesario ni que se extraviara por hambre ó ignorancia...

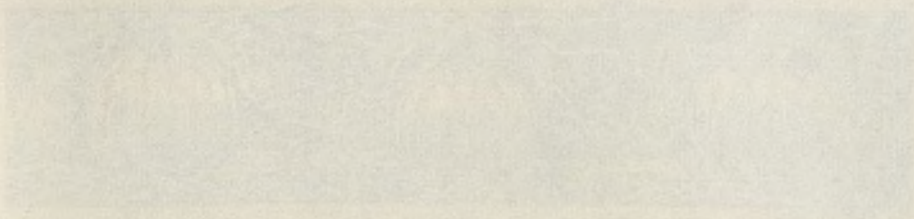
1.033 kilogramos de comestibles y 1.766 francos por individuo, y aun hay seres que, heridos por el hambre, caen sin fuerzas en mitad de las calles de ciudades opulentas, y mientras que para todos los ahitos prodiga el sol carcajadas de luz, á los desgraciados les llena de tinieblas y todo lo que les rodea se convierte en masa informe que fascina, agitándose en rapidísima danza macabra, con tenebrosos colores de muerte...

Las mandíbulas se juntan, la boca se cierra, la muerte llega con su guadaña enorme, crugiendo sus huesos, perdiendo sus carpas. ¡Horrible pesadilla; última visión!

ANTONIO LÓPEZ.







# SOCIOLÓGICA

## DE SOCIOLOGÍA

El presente trabajo se refiere a la sociología, una ciencia que estudia la vida social de los seres humanos. En ella se analizan las relaciones entre los individuos y el grupo, las normas que rigen la conducta y los factores que influyen en el desarrollo de la sociedad. La sociología es una disciplina que ha experimentado un gran crecimiento en los últimos años, gracias a la aplicación de métodos científicos para el estudio de la vida social.

En este sentido, la sociología se ocupa de comprender las causas y consecuencias de los fenómenos sociales, así como de identificar las tendencias que rigen el desarrollo de la sociedad. Para ello, se utilizan diversos métodos de investigación, como el análisis estadístico, el estudio de casos y la observación directa.

La sociología es una ciencia que ha permitido comprender mejor la vida social de los seres humanos, así como las causas y consecuencias de los fenómenos sociales. Gracias a ella, podemos identificar las tendencias que rigen el desarrollo de la sociedad y tomar decisiones basadas en la evidencia científica.



El Ayuntamiento de Madrid, en virtud de lo dispuesto en el Real Decreto de 10 de Mayo de 1877, y en cumplimiento de lo acordado en la Sesión de 10 de Mayo de 1877, publica el presente bando para que los interesados en el concurso de obras de construcción de un edificio para uso de escuela de niñas, presenten sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

El concurso se celebrará en el Ayuntamiento de Madrid, en el día 20 de Mayo de 1877, a las diez de la mañana, y se dará principio a las once de la mañana. Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

Los proyectos y presupuestos deben presentarse en el Ayuntamiento de Madrid, en el día 20 de Mayo de 1877, a las diez de la mañana, y se dará principio a las once de la mañana. Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando. Los proyectos y presupuestos deben presentarse en el Ayuntamiento de Madrid, en el día 20 de Mayo de 1877, a las diez de la mañana, y se dará principio a las once de la mañana. Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando. Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

Los interesados en el concurso deben comparecer personalmente o por medio de un representante autorizado, y presentar sus proyectos y presupuestos en el Ayuntamiento de Madrid, en el plazo de diez días hábiles, contados desde la publicación de este bando.

A Madrid, 10 de Mayo de 1877.

